

Antropología Experimental

<http://revistaselectronicas.ujaen.es/index.php/rae>

2025. nº 25. Texto 1: 1-9

Monográfico: Violencias etnográficas

Universidad de Jaén (España)

ISSN: 1578-4282 Depósito legal: J-154-200

DOI: <https://10.17561/rae.v25.10002>

Recibido: 01-03-2025 Admitido: 25-07-2025

Género, cuerpo y violencias etnográficas sexuales. Presentación del monográfico

Gender, body and sexual ethnographic violences. Presentation of the monograph

Beatriz PÉREZ GALÁN

Universidad Nacional de Educación a Distancia

beatrizp@fsof.uned.es

Cristina LARREA-KILLINGER

Universitat de Barcelona

larrea@ub.edu

La reflexión y el tratamiento de la violencia sexual y de género en el ámbito académico es un tema que se ha incorporado de forma desigual en los últimos años, a través de planes, programas, protocolos y proyectos de investigación en las universidades del Estado español (contribución de Pérez Galán en esta publicación).

Pese a estos avances, el acoso y las violencias que experimentamos fuera de la universidad, mientras realizamos trabajo de campo, las mujeres etnógrafas y otros colectivos (personas LGBTQ+), siguen siendo ignorados. Se trata de un tema espinoso que nos interpela como investigadoras, docentes, antropólogas y feministas y que provoca reacciones diversas que van desde la perplejidad, la incredulidad y la negación, hasta la decepción y la incomodidad; pero también la complicidad y la empatía por parte de quienes se sienten reconocidas en estas situaciones, como hemos tenido la oportunidad de comprobar en los espacios donde hemos compartido los resultados de nuestra investigación¹.

Desde esa experiencia, para nosotras como editoras, el sentido de esta publicación -la primera monográfica en castellano que aborda la violencia sexual y de género en la práctica etnográfica-, no pretende ser un alegato contra el “trabajo de campo”, ni un manual de instrucciones para investigadoras noveles sobre lo que deben hacer en situaciones de riesgo y acoso, y cómo evitarlas. Tampoco es un intento de transmitir alarma, revictimizar o negar nuestra agencia como investigadoras en el ejercicio libre y consentido de nuestra sexualidad durante el trabajo de campo. De hecho, la mayoría de las autoras que participamos en este monográfico contamos con una dilatada experiencia etnográfica, en países y contextos

¹ Entre los resultados se cuentan publicaciones (Larrea-Killinger y Pérez Galán, 2021; Pérez Galán y Larrea-Killinger, 2023), así como la participación en congresos nacionales e internacionales y encuentros de antropología (XV Congreso ASAAE, Madrid, 2021; IX Encuentro de Antropología, Hervás, 2021; II Congreso de Antropología Feminista, Granada, 2024), y en varios seminarios, cursos y talleres de posgrado impartidos entre 2023 y 2025 en universidades del Estado español (Universidad del País Vasco/EHU, Universitat de Barcelona, Universitat Rovira i Virgili) y en Brasil (Universidade Estadual de Campinas, Universidade de São Paulo, Universidade Federal do Rio Grande do Norte).

culturales diversos, que reivindicamos como un espacio de aprendizaje personal y académico, de desarrollo de la afectividad y una fuente de producción de datos insustituible.

Esta publicación surge, en cambio, de una incomodidad y una constatación. Por un lado, la incomodidad que provoca el silencio encubridor de la disciplina frente a un determinado modelo del trabajo de campo –romántico y masculinista–, y de etnógrafo -heroico, autosuficiente y desahogado- que invisibiliza los riesgos y las violencias múltiples que se producen hacia otros cuerpos en un espacio social, el del trabajo de campo, atravesado por jerarquías de poder. Y, por otro lado, la constatación de que, aunque dicho modelo ha sido cuestionado teórica y metodológicamente por la antropología y la etnografía feminista desde hace décadas, sigue plenamente vigente en la práctica, como se deduce del tratamiento normalizador que reciben estas situaciones a nivel académico y de nuestros silencios como investigadoras y docentes. De hecho, como veremos en varias de las contribuciones que conforman este monográfico, en las escasas ocasiones en que el acoso y la violencia sexual en la práctica etnográfica se hace pública, las víctimas se enfrentan a respuestas similares por parte de la disciplina, los colegas y la universidad a las que se emplean en la vida cotidiana frente a estas situaciones: reduciéndose a episodios individuales y excepcionales reveladores de nuestras supuestas deficiencias como investigadoras; normalizándose como parte del rito de paso construido sobre una narrativa de resistencia, riesgo y resiliencia individual que invisibiliza las condiciones estructurales que hacen posible –y a menudo inevitable– la exposición a formas de violencia sexual; u ocultándose para no contribuir a la estigmatización de las personas locales, conscientes de nuestros privilegios estructurales en contextos marcados por la desigualdad, el racismo y la colonialidad en los que es preciso situar la producción de conocimiento. Un discurso perverso que, a menudo, acaba siendo interiorizado por las propias investigadoras violentadas que optan por el silencio para no perjudicar a sus interlocutores, a la investigación y así mismas.

No obstante, aunque relegada a los márgenes del debate académico y de la práctica docente, la violencia sexual en etnografía no es un tema nuevo. Desde el primer caso documentado –el de Henrietta Schmerler, estudiante de Ruth Benedict, que fue violada y asesinada durante el trabajo de campo por un indígena apache en Arizona en 1931–, este tema ha aparecido de forma intermitente en antropología.

Como recuerdan varias autoras en la primera parte de este monográfico (Abad, Pérez Galán), las aportaciones de los estudios de género, junto con la influencia del posmodernismo y la crítica feminista, en las décadas de 1980 y 1990, permitieron evidenciar el sesgo androcéntrico del modelo clásico de trabajo de campo y cómo el sistema de género condiciona los roles, el acceso y las relaciones que establecemos en ese espacio (Scheper-Hughes, 1983; Abu-Lughod, 1990; Bell, 1993; Markowitz, y Ashkenazi, 1999). En esta línea destaca el libro pionero editado en 1995 por Don Kulick y Margaret Willson: *Taboo. Sex, Identity and Erotic Subjectivity in Anthropological Fieldwork*, que reflexiona sobre el papel que desempeñan el cuerpo, el sexo y la sexualidad de etnógrafos y etnógrafas durante el trabajo de campo, y su influencia en la producción de conocimiento. En una de las contribuciones, Eva Moreno (pseudónimo de la antropóloga sueca Gunilla Bjerén), relata su “violación en el campo” (op. cit., pp. 219–255).

En los siguientes años el goteo de investigaciones y casos en primera persona sobre situaciones de riesgo, acoso y violencia sexual en la práctica etnográfica y su impacto personal, teórico y metodológico fue haciéndose cada vez más presente en la literatura antropológica (Mahmood, 2008; Pollard, 2009; Clancy, Rutherford y Hinde, 2014; Johanson, 2015). No obstante, el salto cualitativo se produce a partir de mediados de 2017, como resultado de la confluencia entre la crítica decolonial y el activismo feminista en antropología, que eclosionan en el movimiento *#MeTooAnthro* y otras iniciativas similares lideradas por jóvenes antropólogas, principalmente de universidades de Estados Unidos (Kloß, 2017; Berry et al., 2017; Schneider, Lord y Wilczak, 2021; Shulist y Mulla, 2022). Este movimiento –que apenas tuvo eco en la antropología española– revela la frecuencia y los efectos de la violencia sexual, la cual se presenta como un fenómeno estructural que opera de forma entrecruzada con otros sistemas de poder determinados entre otros por la raza, el género, la clase social, la edad y la procedencia.

Siguiendo esas y otras aportaciones, y situadas desde una perspectiva feminista que reconoce el valor teórico y político de nuestros cuerpos, emociones y subjetividades desde las que habitamos y producimos nuestras etnografías (Esteban, 2004, 2015; Gregorio, 2006), con esta publicación pretendemos contribuir a promover en la antropología española el reconocimiento de las violencias múltiples que experimentan las investigadoras y otros cuerpos no normativos durante el trabajo de campo, y que englobamos bajo la categoría de *Violencias Etnográficas* (en adelante, VE).

Entendemos las VE como el conjunto de situaciones no deseadas ni planificadas que ocurren en el trabajo de campo y que generan algún tipo de trauma o riesgo físico, mental, simbólico o material. Como toda forma de violencia, las VE implican algún grado de imposición, coerción y/o coacción, y están estructuradas por y son estructurantes de las jerarquías y desigualdades raciales, de género, sexuales, de clase social, etnicidad y procedencia, presentes y variables en cada contexto. Desde esta perspectiva interseccional, las VE forman parte del sistema de poder patriarcal, racista y colonial que atraviesa la sociedad, la academia y la disciplina antropológica en su conjunto.

Dentro de las VE, un caso particular es el de las violencias sexuales, sobre las que se centra la mayor parte de las contribuciones de este monográfico. Siguiendo a Luxán, Biglia y Azpiazu (2018), entendemos las violencias sexuales como “expresiones de un marco de relaciones de poder desiguales, delimitadas por el sexismo, el binarismo de género, el machismo y la LGTBIfobia y su maraña de relaciones con el racismo, el clasismo, el capacitismo y otras formas de opresión” (2018:15). Estas violencias, que incluyen desde el acoso verbal, las insinuaciones sexuales y la vigilancia sobre los cuerpos y comportamientos, hasta agresiones físicas y violaciones, son estructurales y se reproducen en el trabajo de campo, donde adquieren formas particulares (Kloß, 2017; Berry et al., 2017).

Para abordar este tema las contribuciones que reúne este monográfico exploran una serie de preguntas interrelacionadas: ¿Qué distingue las Violencias Etnográficas (VE) sexuales de aquellas que se experimentan cotidianamente las mujeres y otros colectivos feminizados? ¿Cómo repercute la concepción hegemónica del método etnográfico en la construcción y naturalización de las VE sexuales? ¿Cómo influye, en el trabajo de campo, la condición como sujetos generizados, racializados y sexualizados para favorecer y/o limitar las VE sexuales y otras situaciones de acoso y riesgo? ¿De qué manera la gestión de estas situaciones modifica la posición y las rutinas cotidianas en el campo y qué estrategias utilizamos para confrontarlas? ¿En qué medida el desarrollo de etnografías colaborativas e implicadas favorece o limita el riesgo, el acoso y las VE sexuales? ¿Cómo aborda este tema la antropología y, en particular, la antropología y la etnografía feminista?, y, ¿en qué medida puede contribuir el debate sobre las VE sexuales a la renovación y despatriarcalización de la disciplina?

Una primera versión de la mayoría de los trabajos que componen este volumen se presentó en el panel “Género, cuerpos y violencias sexuales en etnografía”, en el II Congreso de Antropología Feminista, celebrado en Granada en 2024, a los que se han incorporado otros surgidos en la conversación y en el hacer de este proyecto editorial². (Re)unidas en un espacio donde no había un alfiler, un nutrido grupo de colegas de América Latina y del Estado español compartimos nuestras experiencias, reflexiones, algunas confidencias y, sobre todo, urgencias en torno a este tema, comenzando por la de romper el silencio. Esta publicación cumple con ese compromiso.

Presentación y organización de contenidos

Este monográfico se compone de esta introducción y de diez contribuciones que abordan las violencias etnográficas (VE), y en particular las sexuales, desde una perspectiva reflexiva, feminista e interseccional. Se trata de una mirada que se nutre de la experiencia etnográfica de las autoras articulada en torno a tres niveles: teórico-epistemológico, metodológico y ético-político.

Para responder a las preguntas formuladas los temas de análisis presentes en estas contribuciones incluyen entre otros: la crítica al método hegemónico de trabajo de campo; las causas y consecuencias del silencio –institucional, disciplinar y el de las propias víctimas–; el significado de la violencia y sus tipologías; el afrontamiento del dolor propio y ajeno en etnografía; los privilegios estructurales de las investigadoras y las relaciones de poder en el campo; las posibilidades y limitaciones de las metodologías colaborativas en etnografía y los dilemas éticos derivados de ellas; las estrategias de protección, anonimato y autocuidado colectivo como herramientas metodológicas y políticas; y la necesidad de incorporar estos debates en todos los niveles de formación y docencia de la disciplina, como parte de su proceso de renovación. Estas reflexiones se nutren de experiencias vividas en primera persona por las autoras durante trabajos de campo realizados en contextos rurales y urbanos en España, Brasil, Perú,

² Agradecemos a José Luís Anta Félez, director de la Revista *Antropología Experimental*, por creer en el proyecto y apoyarnos incondicionalmente durante todo el trayecto. De igual modo, a las 16 antropólogas expertas que han participado en la revisión por pares de las contribuciones que lo componen.

México, El Salvador, Honduras, Nigeria, Marruecos e India, así como en entornos de realidad virtual (*metaverso*).

Tomando en cuenta los temas que atraviesan el debate sobre las VE sexuales y la combinación de los ejes de análisis mencionados, hemos distribuido las contribuciones en forma de diálogos en dos bloques, según sus énfasis y aportaciones.

Bloque 1. Diálogos sobre silencios, violencias y dolor

Este bloque agrupa las primeras cinco contribuciones de Beatriz Pérez Galán, Luisa Abad, Cristina Larrea-Killinger y Laura García, Sandra Santos-Fraile, y de Claudia González Boluda y Sandra Fernández Corbella. En ellas se sitúa el debate de las VE sexuales y se abordan algunas de las categorías y conceptos clave para su tratamiento, haciendo hincapié en la crítica al método y en los retos teórico-epistemológicos que plantea este tema.

Las dos primeras contribuciones (Beatriz Pérez Galán, Luisa Abad) introducen el debate dialogando sobre el significado y los efectos del silenciamiento sobre las violencias sexuales en la producción de conocimiento y en la práctica docente. Para las autoras, las tensiones derivadas de los silencios (institucionales, de la disciplina y del feminismo) frente a estas situaciones se convierten en objeto de reflexión teórica como parte de una contribución necesaria para renovar la disciplina.

El artículo "*Violencias etnográficas sexuales: ¿De qué hablan nuestros silencios?*", de Beatriz Pérez Galán (Universidad Nacional de Educación a Distancia), interpreta los silencios que encubren estas violencias desde una perspectiva política y feminista. Esta mirada pone en el centro las experiencias, los cuerpos y las voces de las antropólogas violentadas, y presta atención a los contextos institucionales y académicos en los que dichas violencias se producen. Tras situar el tratamiento reciente de las VE sexuales en antropología, la autora aborda las particularidades del silencio que las rodea. Su crítica se centra en los estándares metodológicos que perpetúan estos silencios mediante la complicidad institucional, así como en la dimensión ético-política de hacer visibles estos silenciamientos. De este modo –argumenta la autora–, los silencios emergen como una forma de violencia epistémica de género, no solo por lo que callan, sino por lo que revelan acerca de las relaciones de poder y del sistema de género en el trabajo de campo, así como por las formas en que las investigadoras responden a situaciones que desbordan los marcos convencionales del discurso etnográfico. Estas experiencias ponen en cuestión los límites entre lo personal y lo profesional, entre lo político y lo metodológico, entre el conocimiento y el cuerpo. La concatenación de estas cuestiones invita a reconocer e interpretar las VE sexuales y los silencios que las envuelven no como meros accidentes metodológicos o como el resultado de decisiones personales inadecuadas, sino como dimensiones estructurales de una práctica investigadora atravesada por relaciones de poder. Por último y para contribuir a la construcción de una agenda feminista, activista y crítica en la universidad, Pérez Galán propone incorporar en la práctica etnográfica y docente cuatro lecciones aprendidas del activismo feminista en el tratamiento de las violencias de género.

Luisa Abad (Universidad de Castilla-La Mancha), en su artículo *Los lugares de la contradicción. Experiencias silenciadas de violencia en la praxis antropológica*, amplía la reflexión sobre los silencios frente a las experiencias traumáticas y silenciadas de antropólogas que han sido víctimas de acoso y violencia sexual durante sus estancias en el campo y la responsabilidad docente y académica en torno a ellos. Desde la perspectiva de la antropología feminista y de las emociones, la autora cuestiona la postura paradójica y arrogante que asumimos como investigadoras al pretender interpretar las prácticas patriarcales de grupos vulnerables sin reconocer las propias estructuras patriarcales profundamente arraigadas en la disciplina antropológica. Para ilustrar este debate, en las primeras secciones del artículo, Abad revisa el tratamiento que la violencia sexual ha recibido en la literatura antropológica, desde el primer caso conocido de violación a una antropóloga durante el trabajo de campo –el de Henrietta Schmerler, en 1931– hasta la actualidad, constatando el silenciamiento cómplice que ha prevalecido en la disciplina. En las secciones siguientes, la autora recurre al relato en primera persona de los episodios de acoso y violencia sexual que ha vivido a lo largo de su trayectoria como etnógrafa: desde sus primeros trabajos, a fines de la década de 1980, en la selva peruana con organizaciones indígenas, hasta experiencias posteriores como profesora universitaria en pueblos de Castilla-La Mancha, España. Estas vivencias revelan el papel estructural que desempeñan el acoso y otras formas de violencia sexual en etnografía, así como el silencio que tanto la academia como la antropología feminista en España han

mantenido sobre este tema. En diálogo con otras autoras, Abad sostiene que “no hablar de violencia sexual en el campo o de deseos y subjetividades en la praxis antropológica forma parte de una reticencia colectiva que se nutre de un caldo de cultivo sistémico (...), una mirada masculinista y machista que atraviesa todo el aparato académico y trasciende las fronteras de las aulas, ejerciendo de modo normalizado el androcentrismo institucional y considerando la experiencia personal y subjetiva como acientífica”. Con el fin de contribuir a romper este silenciamiento y a la despatriarcalización de la disciplina, aboga por incorporar en los programas de grado y posgrado de antropología en España contenidos que adviertan, reflexionen y problematicen estas situaciones.

En el artículo *Sufrimiento, dolor y silencio en el trabajo de campo en contextos urbano-marginales latinoamericanos*, Cristina Larrea-Killinger (Universitat de Barcelona) y Laura García (pseudónimo) reflexionan sobre las violencias sexuales y de género en el trabajo de campo, así como sobre el impacto que estas ejercen en la construcción etnográfica y en el desarrollo de la vida académica y la producción de conocimiento. Para abordar estos temas, el texto se nutre de un conjunto de conversaciones grabadas entre ambas investigadoras entre 2018 y 2021, centradas en los episodios de violencia extrema sufridos por Laura durante su trabajo de campo, entre ellos una violación consumada y un intento de asesinato. Partiendo del concepto de VE y tomando como eje articulador este relato, el artículo ofrece una valiosa oportunidad para reflexionar sobre un conjunto de aspectos interrelacionados en torno al tratamiento de dichas violencias. Entre otros, se explora el afrontamiento del dolor ajeno, que se transforma en propio; el impacto que estas experiencias tienen en la formación de vínculos con los interlocutores en el campo; y la ambivalencia de la posición que ocupamos en el campo como mujeres, antropólogas, blancas y europeas. Esta posición, que a menudo nos sitúa como confidentes privilegiadas ante otras mujeres, argumentan las autoras, no nos exime, sin embargo, de las violencias en tanto que mujeres (véanse las contribuciones de Velásquez, Hernández y de Piscitelli, en esta publicación). Todo ello confluye en una serie de dilemas éticos y políticos no resueltos, derivados del silenciamiento persistente de estas situaciones que no solo ponen en cuestión la vulnerabilidad de las antropólogas durante el trabajo de campo, sino también las responsabilidades que deben asumir las instituciones académicas. Para confrontar estas situaciones, Larrea-Killinger y García proponen la creación de espacios seguros de formación y apoyo dentro de la universidad, así como el establecimiento de redes de cuidado entre docentes y estudiantes para romper con el silencio, el miedo y la soledad.

Abundando en la reflexión sobre los dilemas éticos y políticos en la producción del conocimiento en antropología a los que nos enfrentan las violencias etnográficas sexuales y de género y en nuestra responsabilidad como docentes, se sitúa el texto Sandra Santos-Fraile (Universidad Complutense de Madrid), *Etnografiar la India siendo mujer: el cuerpo puesto, el ser obviado y la agencia en “stand-by”*. Siguiendo las contribuciones teóricas y metodológicas de la etnografía feminista y de la sociología de la violencia y las investigaciones para la paz de Galtung, la autora examina los tipos de violencia experimentadas durante su trabajo de campo en el Punjab (India), y en qué situaciones concretas se manifiestan, normalizan o resisten. En particular, Santos-Fraile analiza la imposición de roles de género durante su trabajo de campo, que ilustra como las violencias directa, estructural y simbólica contra las mujeres se retroalimentan, y en los dilemas de hacer etnografía para una mujer joven y feminista en este contexto patriarcal. En palabras de la autora “Ver sin poder intervenir” ante situaciones sobre las que las mujeres, jóvenes y mayores, guardaban silencio, mientras los varones le instruían acerca de su lugar en su mundo. De este modo, la tensión entre adaptación y resistencia, entre aprender a navegar entre lo que otros esperan de ti y lo que tú esperas de ti misma, se configura para la autora como una de las experiencias más reveladoras del trabajo de campo. Para contribuir a visibilizar y a prevenir estas situaciones, tanto en el trabajo de campo como en la construcción de narrativas y en la producción del conocimiento antropológico, en diálogo con otras autoras, Santos-Fraile propone la creación de protocolos específicos, incorporar estas realidades en la formación académica y, por último, promover desde la universidad una formación feminista y aplicada que incluya la experiencia encarnada como un instrumento de análisis.

Este bloque se cierra con una investigación sobre violencias etnográficas original y novedosa respecto al resto de las contribuciones, tanto por desarrollarse en un espacio diferente –el virtual– como por llevarse a cabo de forma encubierta.

El texto de Claudia González Boluda y Sandra Fernández Corbella —estudiantes de posgrado de la Universidad Complutense de Madrid—, *Encuerpando la violencia sexual en el metaverso. Nuevos desafíos para la investigación 3.0*, aborda las violencias sexuales experimentadas como investigadoras en el metaverso: un entorno de violencia extrema mediado por tecnologías de Realidad Virtual (RV). Como señalan las autoras, la sociabilidad digital —especialmente en contextos inmersivos como la RV— no elimina el cuerpo, sino que lo reconfigura, dando lugar a nuevas formas de experimentar la proximidad, el deseo, el consentimiento, el riesgo y la violencia. Partiendo de este planteamiento, en la primera parte del artículo las autoras revisan los debates en torno a la violencia sexual en el trabajo de campo etnográfico, centrando su crítica en las narrativas que externalizan el peligro. Posteriormente, se centran en el análisis del cuerpo digital como espacio de experiencia, reivindicando su centralidad en la producción de conocimiento, y proponen una tipología de violencias aplicable a los entornos inmersivos. En la segunda parte, González Boluda y Fernández Corbella analizan su propia experiencia de violencia sexual durante la investigación, ilustrando el papel central que desempeñan el género y el cuerpo (femenino) como blancos de agresiones, deseos y exclusiones, y las estrategias de protección, anonimato táctico y cuidado colectivo implementadas seguidas dentro del equipo de investigación. Desde esta perspectiva, el texto constituye una valiosa contribución para (re)pensar las prácticas etnográficas en entornos virtuales como prácticas profundamente encarnadas, así como una apuesta por politizar las emociones.

Bloque 2. Diálogos sobre género, poder y alianzas en contextos de violencia. Etnografías colaborativas y feministas

Este bloque reúne contribuciones que reflexionan sobre las violencias etnográficas sexuales, en su mayoría situadas en y desde contextos latinoamericanos, mediante el uso de metodologías colaborativas, en investigaciones activistas. Las experiencias que nutren estos trabajos se desarrollan en entornos de violencia extrema como son las rutas migratorias, fronteras, asentamientos y barriadas en las periferias urbanas y en el trabajo con personas migradas, buscadoras de desaparecidos, trabajadoras sexuales y pandilleros, entre otros. Desde una perspectiva feminista crítica e interseccional, los artículos de esta sección dialogan entre sí sobre los alcances y las limitaciones que plantean dichas metodologías y sobre la potencialidad ético-política de la construcción de alianzas, redes de sororidad y autocuidado entre investigadoras y sus interlocutores/as locales.

En *Investigación colaborativa fugitiva: buscando la mutualidad como responsabilidad políticamente comprometida*, Elisabeth Velásquez Estrada (University of Illinois Urbana-Champaign) explora la mutualidad como un mecanismo de responsabilidad política en la investigación colaborativa en antropología. Basándose en su trabajo de campo etnográfico realizado entre 2010 y 2015 con pandillas juveniles en El Salvador, la autora sostiene que, para avanzar en la descolonización y despatriarcalización de la antropología, es necesario establecer mecanismos que respondan ante las vulnerabilidades vividas por las investigadoras “nativas”. Desde una perspectiva crítica, Velásquez insta a situar y reflexionar sobre las violencias racializadas, de género y sexualizadas que atraviesan a las investigadoras nativas, así como sobre las posiciones relativas de privilegio dentro del trabajo de campo. Como aporte a esta discusión, la autora retoma y profundiza la propuesta de una “investigación colaborativa fugitiva”, desarrollada previamente en un trabajo colectivo (Berry et al., 2017). Esta noción de antropología fugitiva se plantea como una invitación y a la vez un desafío para la disciplina, en tanto que busca construir una praxis relacional basada en la mutualidad y en una responsabilidad política frente a las violencias racializadas, sexuales y de género, tanto por parte de las investigadoras como de sus interlocutores. *Esta responsabilidad “insta a todos los y las participantes a cultivar una conciencia de las relaciones de poder que crean y sostienen las desigualdades dentro de la cotidianidad de la investigación colaborativa con el fin de transformarlas”*. Para la autora, la concreción práctica de una antropología fugitiva y el uso de la mutualidad como mecanismo de rendición de cuentas en la investigación colaborativa ofrecen un enfoque transformador para avanzar hacia la despatriarcalización y descolonización que precisa la antropología activista.

En *Los retos de la etnografía feminista en contextos de múltiples violencias: reflexiones desde México* —versión actualizada de un texto previo (Hernández Castillo, 2021)—, R. Aída Hernández Castillo (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Ciudad de México) retoma y profundiza la crítica que inspira la antropología fugitiva, al proponer una etnografía feminista y colaborativa que reconozca tanto los privilegios como las vulnerabilidades de las antropólogas en contextos atravesados

por múltiples violencias. A partir de un balance de su trayectoria de más de tres décadas en la investigación activista con mujeres indígenas, campesinas, refugiadas, migrantes, en reclusión y con familiares de personas desaparecidas en México, la autora desglosa su concepción de una etnografía feminista y decolonial, sustentada en una ética del cuidado, la cual resume en tres ejes principales: 1.- construir comunidades emocionales y de conocimiento basadas en alianzas entre investigadoras e investigadas, que permitan producir conocimiento de forma dialógica, priorizando el autocuidado, la sororidad y la empatía; 2.- crear espacios de escucha activa y sanación, tanto para el dolor propio como ajeno, que reconozcan la dimensión afectiva del trabajo etnográfico y, 3.- reconstruir a nivel político y analítico los vínculos entre las distintas formas de violencia –patriarcales, clasistas y racistas– que alimentan la violencia estructural y sostienen la impunidad. Estas propuestas, que son retomadas por varias de las autoras que integran este monográfico (Larrea-Killinger y García; Jorge y Antolínez; do Prado), no solo buscan transformar la práctica etnográfica feminista, sino también ofrecer herramientas para resistir colectivamente a las múltiples violencias que atraviesan los cuerpos y las relaciones en el trabajo de campo.

La contribución de Adriana Piscitelli (*Universidade Estadual de Campinas, São Paulo*), titulada *Violencia, seducción y “protección” en el trabajo de campo*, aborda la violencia sexual en etnografía desde una perspectiva feminista crítica. Su análisis se basa en más de dos décadas de experiencia en investigación sobre turismo sexual, trabajo sexual y trata de personas, así como en su labor docente y como coordinadora del Núcleo de Estudos de Gênero (PAGU). A partir de esta trayectoria, la autora desarrolla dos líneas de reflexión. En la primera, analiza desde una mirada crítica la distancia entre la formación teórica y analítica que reciben los y las estudiantes, orientada a reconocer cómo el género, la clase social, la edad y la raza atraviesan los encuentros entre las personas que investigan y sus interlocutores/as, y la realidad vivida durante el trabajo de campo. Señala que esta preparación, aunque valiosa, resulta insuficiente, ya que rara vez aborda de manera directa las violencias sexuales y los silencios que las acompañan. Asimismo, cuestiona el uso deliberado del sexo en el trabajo de campo, advirtiendo que, lejos de neutralizar las relaciones de poder en la producción del conocimiento, puede aumentar los riesgos en contextos marcados por violencias extremas. Piscitelli identifica tres hallazgos que dialogan con los de otras autoras de este monográfico: (1) la importancia de atender a las nociones locales de violencia y el valor de las alianzas con interlocutoras que comparten percepciones similares sobre situaciones de riesgo o peligro (Jorge y Antolínez; Hernández Castillo); (2) el cuestionamiento de que los privilegios estructurales de las investigadoras –como la clase, la raza o la procedencia– garantizan inmunidad frente a la violencia sexual (Velásquez; do Prado); y (3) la persistente tendencia de las investigadoras a culpabilizarse por las violencias sufridas, al no ajustarse al modelo hegemónico del “buen etnógrafo”, lo que contribuye a perpetuar el silencio sobre estas (Velásquez; Pérez Galán; Abad; do Prado). En la segunda parte, la autora se enfoca en las dimensiones éticas y epistemológicas del tratamiento de la violencia sexual en la práctica etnográfica. Para ello, examina los discursos presentes en los códigos de ética profesional –tanto en Estados Unidos como en Brasil– que priorizan la protección de las personas investigadas, pero omiten sistemáticamente la de las investigadoras. A partir de este análisis, y retomando las ideas de Marilyn Strathern sobre las tensiones no resueltas entre antropología y feminismo, debate sobre los presupuestos epistemológicos que subyacen a la propuesta de una “antropología fugitiva” (Velásquez en esta publicación) para enfrentar la violencia sexual en el trabajo de campo.

En *Inseguridad y violencia: práctica etnográfica en la frontera México-Estados Unidos*, Domila do Prado Pazzini (doctora por la Universidade Estadual de Campinas, São Paulo) reflexiona críticamente sobre cómo las situaciones de riesgo, miedo y vulnerabilidad atraviesan la práctica etnográfica, afectando el cuerpo de la investigadora e impactando directamente en todas las fases del proceso de investigación. Basándose en el trabajo de campo realizado entre 2018 y 2020 centrado en la movilidad haitiana en Tijuana, en la frontera entre México y Estados Unidos, do Prado analiza las violencias etnográficas físicas, simbólicas y sexuales –incluido un intento de violación no consumado en 2019– y los sentimientos de inseguridad que experimentó. Según la autora, ese intento de violación, sobre el cual guardó silencio durante dos años, generó en ella sentimientos de culpa, incompetencia académica y profesional, así como una parálisis emocional y epistemológica que le impedía narrar lo ocurrido. En sus propias palabras: “este silencio que cargué era parte del campo, pero también parte de mí, y su elaboración requirió tiempo, escucha y valentía para reconocer que, sí, el silencio también es dato etnográfico”. Desde esa experiencia, y en diálogo con otras autoras de este monográfico (Pérez Galán; Abad, Piscitelli), do Prado critica la

omisión, la naturalización y el silenciamiento de la violencia sexual en la formación académica recibida. Frente a ello, subraya la centralidad del cuerpo, las emociones y el cuidado en el trabajo de campo, y argumenta la necesidad de incorporar el riesgo como un elemento constitutivo –y no marginal– de la metodología etnográfica. La toma de conciencia de la propia vulnerabilidad como mujer etnógrafa y la necesidad de narrar esas heridas para atravesar y transformar el dolor –propio y ajeno–, sostiene la autora, no solo fortalecen la práctica etnográfica, sino que también desafían las normas académicas que tienden a invisibilizar la corporalidad de la investigadora y los procesos afectivos implicados en la producción de conocimiento. A partir de las experiencias corporales, emocionales y violentas compartidas por la investigadora y las mujeres migrantes –para las que la violación es también considerada un tema tabú–, la autora hace suyas las propuestas de Hernández Castillo (en este monográfico), que abogan por la construcción de comunidades emocionales de resistencia dentro de la academia, capaces de transformar la vulnerabilidad y el dolor en una fuente legítima de conocimiento.

En diálogo con las autoras que inciden en la potencialidad de las alianzas entre investigadoras e interlocutoras como estrategia para confrontar las violencias múltiples, se sitúa la última contribución de este monográfico. En el artículo *Cuando el campo está atravesado por un continuum de violencias: indagando sobre las alianzas como estrategias de confrontación*, Esperanza Jorge (Universidad Pablo de Olavide, Sevilla) e Inmaculada Antolínez (Universidad de Cádiz), reflexionan desde una perspectiva ético-política y feminista sobre su experiencia de más de una década de investigación y acción con mujeres en movilidad que enfrentan diversas formas de violencia, como agresiones basadas en género, explotación, venta y desaparición en las rutas migratorias –que definen como “escuelas de silencio”–: desde África occidental –Nigeria– hacia Europa, y desde Centroamérica –México y Honduras– hacia Estados Unidos. Reconociendo la vulnerabilidad compartida no solo como una condición transitoria o excepcional relacionada únicamente con el *continuum* de violencias, sino como una dimensión socio-ontológica y existencial, y mediante un estilo retórico propio, las autoras articulan su reflexión en torno a tres dimensiones que consideran clave para confrontar y habitar el relato de las violencias, tanto propias como ajenas: 1.- La participación colectiva y colaborativa entre las etnógrafas y las mujeres con quienes investigan, a quienes nombran como “compañeras” “faros narrativos” “caminadoras” y “viajeras”; 2.- La conformación de alianzas durante todo el proceso de acción/investigación –desde el planteamiento hasta la co-construcción de resultados– que involucren tanto a las participantes directas en la investigación, como también a organizaciones sociales en territorio y a redes de compañeras-amistades (académicas o no); 3.- el desarrollo de estrategias metodológicas basadas en la escucha, que permitan no solo acompañar los relatos reflexivos y críticos de las participantes, sino también establecer marcos éticos y teórico-analíticos desde los cuales redefinir las violencias, los cuidados y las propias alianzas en cada contexto.

Por último, como editoras, esperamos que una lectura atenta de estos artículos contribuya a desmontar la mirada patriarcal y arrogante que aún persiste en la disciplina frente a las violencias etnográficas sexuales, así como el silencio que las rodea. Asimismo, aspiramos a que este esfuerzo impulse el debate público dentro de la antropología española y abra nuevas vías de análisis que permitan interpretar tanto las experiencias de estas violencias como articular estrategias de lucha y resistencia frente a ellas.

Referencias

- Abu-Lughod, L. (1990). Can There Be a Feminist Ethnography? *Women & Performance: a Journal of Feminist Theory* 5(1):7-27.
- Behar, R. (1996). *The Vulnerable Observer. Anthropology that Breaks your Heart*. Boston: Beacon Press.
- Bell, D. (1993). Introduction 1: The Context, en: Bell, D.; Caplan, P. y Wazir Jahan, K. (eds.), *Gendered Fields. Women, Men and Ethnography*: 1-18. Londres: Routledge.
- Berry, M.; Chávez, C., Cordis, S., Ihmoud, S. y Velásquez, E. (2017). Towards a fugitive anthropology: Gender, race, and violence in the field. *Cultural Anthropology*, 32(4): 537-565.
- Clancy, K.B.; Rutherford, H.N.; Hinde, K. (2014). Survey of academic field experiences (SAFE). Trainees report harassment and assault. *Plos One*, 9(7). <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0102172>
- Esteban, M. (2004). Antropología encarnada. Antropología desde una misma. *Papeles del CEIC*, 12, San Sebastián, Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva/Universidad del País Vasco-EHU. <https://doi.org/10.1387/pceic.12093>
- Esteban, M. (2015). La reformulación de la política, el activismo y la etnografía. Esbozo de una antropología somática y vulnerable. *Ankulegi*, 19:75-93.

- Gregorio, C. (2006). Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica. Representación y relaciones de poder. *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, 1(1): 22-39.
- Howell, N. (1990). *Surviving fieldwork: A report of the advisory panel on health and safety in fieldwork*. American Anthropological Association: Washington.
- Hernández Castillo, R. A. (2021). Etnografía feminista en contextos de múltiples violencias. *Alteridades*, 31(62): 41-55.
- Johansson, L. (2015). Dangerous liaisons: risk, positionality and power in women's anthropological fieldwork. *Journal of the Anthropological Society of Oxford: Special issue on Sexual Harassment in the Field*, 7(1) 55-63.
- Kloß, S. T. (2017). Sexual(ized) harassment and ethnographic fieldwork: A silenced aspect of social research', *Ethnography* 8 (3): 396-414.
- Kulick, D. y Willson, M. (eds.) (1995). *Taboo: Sex, identity and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*, Routledge, London.
- Larrea-Killinger, C., y Pérez Galán, B. (2021). Cuerpos y emociones silenciadas en etnografía. In Á. Pazos (Coord.), *Éticas y políticas de las antropologías: XV Congreso Antropología ASAE* (pp.374-382). Recuperado en <https://asaee-antropologia.org/congresos/xv-congreso-de-antropologia/actas/#lunes1> (29.05.2025).
- Luxán, M.; Biglia, B.; Azpiazu, J. (eds) (2018). Violencias sexuales: Una asignatura pendiente. Guía para afrontar las violencias sexuales en las universidades. Bilbao: UPV/EHU.
- Mahmood, C. K. (2008). Anthropology from the Bones: A Memoir of Fieldwork, Survival, and Commitment. *Anthropology and Humanism*, 33(1-2), 1-11.
- Markowitz, F. y Ashkenazi, M. (1999). *Sex, sexuality and anthropologist*. University of Illinois Press.
- Moreno, E. (1995) 'Rape in the field', en Kulick, D. y Willson, M. (eds.) *Taboo: Sex, identity and erotic subjectivity in anthropological fieldwork*. (pp. 166-189). Routledge, London, pp. 166-189.
- Nelson, R.; Rutherford, J.; Hinde, K. y Clancy, K. (2017). Signalling safety: Characterizing fieldwork experiences and their implications for career trajectories. *American Anthropologist*, 119 (4) 710-722.
- Pérez Galán, B. y Larrea-Killinger, C. (2023) Silencios atronadores. Soledad, miedo y otras emociones encarnadas en el trabajo de campo. En Juárez, L. M., Rivero, B. y Conde, D. (org.). *Antropología de la Soledad. Teorías y etnografías contemporáneas*. (pp. 423-440). Madrid: Tirant lo Blanc.
- Pollard, A. (2009). Field of screams: Difficulty and ethnographic fieldwork. *Anthropology Matters*, 11 (2) <https://doi.org/10.22582/am.v11i2.10>
- Scheper-Hughes, N. (1983). The Problem of Bias in Androcentric and Feminist Anthropology. *Women's Studies*, 10: 109-116
- Schneider M.; Lord, E. y Wilczak, J. (2021). We, too: contending with the sexual politics of fieldwork in China. *Gender, Place & Culture*, 28 (4): 519-540.
- Steffen, M. (2017). Doing Fieldwork After Henrietta Schmerler: On Sexual Violence and Blame in Anthropology. *American Ethnologist website*, Nov 13. Recuperado en <https://americanethnologist.org/online-content/essays/doing-fieldwork-after-henrietta-schmerler-on-sexual-violence-and-blame-in-anthropology/> (30.05.2025).
- Shulist, S. y Mulla, S. (2022). Toward an anthropology of sexual harassment and power: myth, ritual and fieldwork, *American Anthropologist website*, July 11. Recuperado en <https://www.americananthropologist.org/online-content/toward-an-anthropology-of-sexual-harassment-and-power> (30.05.2025).

